

LITERATURA AMERICANA. Juicio crítico de las obras de algunos de los principales poetas hispano-americanos.—Memoria presentada por don Miguel L. i don Gregorio V. Amunátegui al certámen abierto en 1859 por la facultad de Humanidades, i a la cual ésta, en sesion del 27 de julio de 1860, adjudicó el premio de la lei (a).

XIII.

DON ADOLFO BERRO. (1).

Es mui fácil caracterizar a un poeta, pintando a la musa que le ha inspirado.

Figuraos a una amazona de cristado morrion, de acerado peto, de tajante espada; que gusta de vivir en los campos de batalla mas bien que en las alcobas, bailes o jardines; pero que, así como el Héctor de Homero encontraba tiempo entre combate i combate para acariciar a su hijo, o derramar una lágrima sobre el cadáver de alguno de sus compañeros, sabe tambien de cuando en cuando desnudarse de sus armas para entonar una cancion junto a la cuna de un niño, o una elejía sobre la tumba de una persona respetada o querida. Es la musa de Olmedo.

Mirad a esa pastorcilla pizpireta i juguetona, que, a pesar de su aparente sencillez, ha leído a los escritores de la Arcadia antigua i moderna, cuyo lenguaje trata de reproducir en sus cantares; que tributa culto estérno, si no interno, a Vénus i a Cupido; que se deleita en perseguir mariposas por la pradera, o en cojer flores para tejer artificiosas guirnaldas; i que entra en dulces i sabrosas pláticas de amor con todos los pastores verdaderos o imaginarios. Esa es la musa de Navarrete.

Contemplad a esa mujer vestida de tosco sañal i llena de devocion i recojimientto, que no tiene mas que piedad en el corazon i oraciones en los labios; i que aparta sus ojos de la tierra para dirigirlos hacia el cielo, donde cifra toda su esperanza. Es la musa de Olavide i de Valdes.

Ved a esa jóven bella desde los piés a la cabeza, i que deseosa de parecerlo mas todavía se pone colorete en las mejillas; cubierta profusamente de perlas i diamantes, a riesgo de oscurecer sus gracias naturales; capaz de pensamientos grandiosos que sorprenden por su sublimidad i de otros tan nimios i pueriles que asombran por su insulsez, no obstante las altisonantes i campanudas palabras con que se trata de disfrazarlos; seductora i desenvuelta en sus movimientos hasta el estremo de que no

(a) Véanse las páginas 94, 111 i 359 del presente tomo de los *Anales*.

(1) Don Adolfo Berro es natural de Montevideo; nació el 11 de agosto de 1819; murió en la noche del 28 al 29 de setiembre de 1841; sus poesías fueron publicadas en un tomo el año de 1842.

le desagrada excitar la concupiscencia de sus admiradores, como lo haría una bailarina en el teatro; fogosa en sus pasiones, que no conocen límite ni valla, i que trasforma en lei moral, a la cual sujeta sus acciones; dotada de mas fantasía que buen sentido, i repleta de orgullo i confianza en sus fuerzas. Es la musa de.....muchos vates americanos de la presente época.

La musa que ha cobijado bajo su manto al poeta montevidéano don Adolfo Berro es una dama seria, reposada i grave hasta en sus ratos de esparcimiento i placer. No se desvive por los lujosos adornos, ni corre desalada tras los deleites mundanos; su traje es sencillo, su aire modesto, su carácter bondadoso; cuando mas prenderá un jazmin o un azahar en sus cabellos para asistir a una cita de amor bien casta i misteriosa. Tiene algo de la hermana de caridad que se olvida de sí misma para no pensar mas que en los otros. Vive en los calabozos, los hospicios, los hospitales, las casas de huérfanos, en todos los lugares donde hai lágrimas que enjugar, miserias que socorrer, llagas que curar, dolores que compartir, males que aliviar. Una nube de tristeza empaña su frente, resultado fatal de la contemplacion de las desgracias ajenas, i fúnebre presentimiento de una muerte prematura.

La poesía no ha sido para Berro un entretenimiento frívolo i egoísta, sino que ha tenido un objeto mas noble, mas elevado, i al mismo tiempo mas práctico. Ha querido que en sus rimas lo útil estuviese unido a lo agradable como dos ingredientes necesarios para confeccionar esa ambrosía, bocado de dioses. Se ha valido de los versos para inculcar una enseñanza provechosa en sus lectores. Ha creído como el Tasso que la verdad presentada bajo imágenes risueñas atrae aún a los hombres mas indóciles, como la miel untada en los bordes de la copa hace tomar a los niños los remedios mas amargos.

Don Adolfo Berro ha defendido a los esclavos africanos, esos mártires de la codicia, que para mengua i afrenta nuestra arrastran cadena en algunos estados de la América, cuando la Europa misma ha proclamado su emancipacion; ha despertado el sentimiento materno en las entrañas de las madres que por ocultar una falta abandonan sus hijos a la horfandad, privándose de sus inocentes caricias, i legándoles por herencia la pobreza i un borron; ha pedido amparo i proteccion para los infelices espositos que no tienen otra faldá donde reposar su cabeza que la dura tabla de una inclusa; ha lanzado maldiciones contra los tiranos que han desolado el nuevo mundo con su despotismo i crueldades, dando oríjen a guerras fratricidas i sangrientas; ha pedido una limosna para el mendigo, esa limosna que Dios se compromete a devolver centuplicada en el cielo, pero que el hombre, usurero empedernido, rehusa dar desconfiando de un fiador que no paga sino en un plazo indefinido, i a quien no se puede embargar ni ejecutar; ha procurado reanimar la virtud en el pe-

cho de la ramera, esa gota de rocío, según Víctor Hugo, que caída al suelo se convierte en barro, pero que un rayo de sol puede todavía levantar del fango i purificar; ha abogado a fin de que la cárcel no sea solo un lugar de detención i sufrimiento, sino también de mejora i rehabilitación para los delincuentes que jimen entre sus paredes.

Fuera de esto ha celebrado en sus versos las estrellas, las flores, la amistad, el amor, la patria.

¿Qué más puede exigirse a un poeta por lo tocante al fondo?

Es de sentir sin embargo que la pureza del libro, uno de sus más preciosos timbres, esté enturbiada por el *Canto de la prostituta*, que no es más que un desafío audaz arrojado por la cortesana al rostro de la tímida doncella i de la esposa fiel cuyas púdicas caricias no alcanzan, según ella, a saciar la pasión febril de sus amantes o maridos. La heroína de la pieza es el vicio insolente i descarado, que se forma una corona de su propia infamia i un pedestal de su abyección, para escupir sobre la virtud. El poeta puede, i debe, hacer algo mejor que rimar las procaces palabras de una mujer perdida, que hace gala de su corrupción, como la hace de su belleza. Es tanto más extraña la inserción del canto mencionado, cuanto que Berro ha escrito en un corto prólogo que corre al frente de su libro: "No tengo sistema literario: para mí las cualidades de toda buena poesía deben ser moralidad en el fondo i fin que el poeta se proponga; sencillez i elegancia en las formas."

Si del asunto pasamos a la expresión, las composiciones de Berro no son irreprochables. El líquido es puro i generoso, como lo hemos visto; pero el vaso que lo contiene no está artísticamente cincelado.

A pesar de que todas las piezas son cortas, el estilo es flojo i poco fluido: baste decir que hai perífrasis como la que aparece en los siguientes versos para designar el papel:

Graba ¡oh poeta! tu pensar intenso
 En blancas hojas que creó del hombre
 El arte sin igual.

Se descubre a veces en las producciones de Berro una mano inesperta i poco segura, que se mueve con lentitud i trabajo. Faltan al poeta oriental ese vigor i brillantez en la expresión que son en las obras, como en los individuos, el signo de la vida.

No podía ser de otro modo; don Adolfo Berro falleció muy joven; contaba apenas veinte i un años, cuando la muerte puso término a su carrera. El tiempo le habría dado quizá la soltura que echamos ménos en sus composiciones. La literatura es un arte que se perfecciona con el ejercicio, es algo como la caligrafía, en la cual se principia por palotes, se continúa con letra grande, i se concluye por hacer rápidamente letra peque-

ña i correcta. Solo el que tiene talento escribe bien; pero aún el que lo tiene, escribe, en muchas ocasiones, mal, por falta de cultivo.

En Europa, donde hasta los niños componen volúmenes, las pocas producciones de Berro pasarian desapercibidas como simples ensayos; pero en la América donde la fecundidad intelectual no es tan grande, deben ser apreciadas como las manifestaciones de un ingenio poético bastante distinguido, al cual faltó la vida para dar de sí todo lo que habria podido.

BIBLIOTECA NACIONAL.— *Su movimiento en el mes de marzo de 1861.*

RAZON DE LOS PERIÓDICOS, OBRAS, OPÚSCULOS I FOLLETOS QUE, EN CUMPLIMIENTO DE LA LEI DE IMPRENTA, HAN SIDO DEPOSITADOS EN ESTE ESTABLECIMIENTO.

Periódicos.

- El *Ferrocarril*; desde el núm. 1608 al 1631.
- La *Discusion*; desde el núm. 83 al 108.
- El *Comercio*, de Valparaiso; desde el núm. 688 al 723.
- El *Mercurio*, de Valparaiso; desde el núm. 10,059 al 10,074.
- El *Porvenir*; los núms. 19 i 20.
- El *Araucano*; desde el núm. 2263 al 2267.
- El *Correo del Sur*, de Concepcion; desde el núm. 1378 al 1380.
- El *Correo de la Serena*; desde el núm. 353 al 355.
- La *Revista Católica*; desde el núm. 670 al 673.
- La *Revista del Pacífico*; las entregas 4.ª i 5.ª.
- La *Revista de Sud América*; la entrega 9.ª
- El *Maulino*; desde el núm. 161 al 163.
- La *Esperanza*; desde el núm. 16 al 19.
- El *Tiempo*; desde el núm. 78 al 86.
- Anales de la Universidad*; la entrega 1.ª del presente año de 1861.
- El *Monitor de las Escuelas*; el núm. correspondiente al 15 de marzo.

Obras, opúsculos i folletos.

Memoria que la Direccion del Lloyd de Valparaiso presenta a la Junta jeneral de aseguradores el 4 de marzo de 1861; imprenta del Mercurio.